

¡DUERME, HIERRO!

Amante voz que surge de una fosa hoy te convoca en torno á frágil cuna; responde ¡oh patria! y ata valerosa á ese enlutado lecho la fortuna.

Con la heredada sangre, ola tras ola, la Providencia acaso haya traído el alma sin pavor, la fé española del muerto Rey al Rey recién-nacido.

Hinea junto á esa cuna tu bandera tendida al viento de futura gloria, ¡quién penetró lo que á tu nombre espera en las páginas blancas de la historia!

La dulce madre para el hijo llama la sacra bendición de agosto anciano; sobre él su sombra tutelar derrama la incontrastable cruz del Vaticano.

Cuando tu pecho su defensa sea nada en su mal podrá duro enemigo; siempre al reñir la desigual pelea de tu honra ó tu Dios, Dios fué contigo.

Oye, patria, la voz que en son doliente el hijo tierno á tu constancia fia, y el sol que asoma en proceloso oriente llegará sin eclipse al mediodía.

Tráe tu don y prenda de ventura que acepte Dios y admiren los humanos, ¡oh guerreada tierra y mal segura! paz en el corazón, paz en las manos.

Sobre ese lecho con amor ceñido posa desnudo el hierro limpio y fuerte; junto al huérfano Rey duerma temido, nunca grito de guerra le despierte.

AMÓS DE ESCALANTE.

MADRID.

Este mes de Mayo, que ha merecido de los poetas tantas alabanzas, inspiradas casi siempre más por la rutina que por el entusiasmo, ¡qué aburrido es en las grandes capitales!

Alábenle en buen hora los campesinos, que disfrutan de sus encantos; pero nosotros, los habitantes de Madrid, ¿porqué le hemos de alabar?

Dicen que es el mes de las flores, y yo no veo más que las inodoras y místicas de las macetas que hay en los balcones de las vecinas; rosas y claveles que me parecían de trapo, si no creyera en la buena fé de las personas que las riegan y cuidan con esmero. De los cantos de las aves, otra de las maravillas de Mayo, no tengo más noticias que las que recibo de la lavandera que vive en Carabanchel y del aguador que baila los domingos en la fuente de la Teja; y, cuando estas me faltan, he de contentarme con oír los gritos de las fregonas filarmónicas, los cuales solo proporcionan un placer: el de pensar que no durarán eternamente. Y no hablo de las verdes praderas, y de los árboles en flor, y de los murmullos de los ríos, y de las armonías del bosque, y de todas las demás lindezas primaverales de que tanto abusan los Garcilasos de bajo vuelo; porque sabe todo el mundo que en esta villa no hay bosques, ni ríos, ni árboles ni praderas.

Mayo, con sus días largos y sus noches frescas, es un mes de transición, mudable y veleidoso como una muchacha de quince años, que no es niña ni es mujer, como no es el ni invierno ni verano.

Ante todo, y sobre todo, obliga á tener dos trajes y hasta un abrigo con forros de seda, lo que supone un gasto dispendioso. Pero, ¿quién sale de día con traje de invierno ni quién pasea de noche con el terno de lanilla? Además, cuando los empleados de la fábrica de gas empiezan á apagar la mitad de los faroles del alumbrado público, hace frío, lo que se dice frío, y sin embargo no tolera la costumbre que ningún caballero decente se envuelva en su capa; porque lo que dicen los elegantes, ¿qué deja ese hombre para Enero? y no hay más remedio que tener un abrigo corto ó luchar á brazo partido con las pulmonías. ¡No parece sino que el frío no es siempre frío, en Mayo y en Diciembre!

Pero estos inconvenientes son pequeños, sobre todo para los ricos, y hay otros que acompañan á Mayo, y le hacen antipático y odioso por todo extremo.

Es el primero, y el más importante, y el único de que quiero hablar en estas crónicas, la falta de distracciones. Porque, asómbrense los lectores, en Madrid, en este Madrid tan ponderado, no encuentran ahora una persona de buen gusto, y dispuesta á gastar el dinero, sitio donde pasar una noche agradable.

Los teatros de invierno, únicos que merecen el nombre de teatros, están cerrados todos hace cerca de un mes, y los jardines del Buen Retiro no se han abierto todavía, y si las noches continúan tan frescas, sabe Dios cuándo se abrirán.

Conque ¿qué hace el que no tiene que mandar al día siguiente, después de tomar el café que sigue á la comida?

Por muy aficionado que sea á los trabajos acrobáticos, no irá al circo, donde el progra-

ma varía tan poco, más que de quince en quince días, y eso uno que lo sea de moda, para que haya gente y tenga á quien mirar cuando le cansen las vueltas de los caballos, ó los equilibrios y saltos mortales del gimnasta.

Con el mismo intervalo de tiempo visitará también el teatro de la Princesa; porque no es cosa de oír todos los días cantar—seamos benévolos—cantar regularmente las óperas que durante el invierno se han interpretado á maravilla en el Real.

Y cada semana puede ir una noche al teatro de la Alhambra á ver si la Righi ha enflaquecido y el director de orquesta se ha moderado.

En cuanto á Felipe, donde se hace no muy bien el repertorio de Eslava, ¿quién ha de ir? De suerte que hemos distribuido cinco noches de la quincena: dos para ambos circos, otras dos para la Alhambra y otra para la Princesa: ahora bien, ¿quieren Vds. decirme en qué se va á entretener cualquier persona durante las diez restantes?

¿En pasear? Pues ¿no les acabo de decir á ustedes que en cuanto el sol se despide—*muy rubio y muy cortés*—hace un frío que nos chupamos los dedos?

Solo se atreverá á bajar al Prado, después de las diez de la noche, el que no ame la vida y no tenga apego al reloj.

No queda más que un recurso para pasar las horas: el café.

¡Y que digno de admiración es el valiente que se mete á las nueve de la noche en un local sin ventilación y mal oliente, lleno de humo de tabaco, y entre copa y copa de cognac, mantiene una conversación fútil por espacio de tres horas!

Creo que de estos héroes no los hay más que en España, y bien nos podemos envanecer con ellos.

Pero beber licores y murmurar en el café, jugar al tresillo y á la brisca en casa de un vecino, ó hacer el oso en una esquina, ó leer libros y periódicos ¿merece la pena de vivir en Madrid? Esa es la vida que se hace ordinariamente en cualquiera capital de cuarto orden, y que jamás se ha puesto entre nosotros por modelo digno de imitarse.

¡Cómo me he aburrido en provincias! dice cuando vuelve todo madrileño, que ha salido de la corte, aunque no sea más que á pasar un día en Guadalajara. Pues amigo, en provincias hay también cafés y tertulias y chicas guapas y todo lo que ustedes tienen ahora en Madrid.

¡Ah! Contestará de seguro, no parece sino que este mes es todo el año, y que nunca se encuentra en Madrid donde divertirse.

¡Alto! No he dicho semejante cosa, ni la diré jamás, porque no me gusta mentir; pero la crónica es actualidad, si ha de ser algo, y yo á la actualidad me atengo; y no crea usted, lo siento bastante, porque necesito ir haciendo esfuerzos inauditos para alargar este trabajillo de modo que ocupe en la hoja literaria de EL ATLANTICO el hueco que le está destinado.

¡Gracias á que la presente será la última revista de Mayo!... ¡Vaya con Dios un mes que no ha hecho en toda su vida cosa de provecho y que, para fastidiarnos del todo, vino en compañía de un ciclón!

Siquiera Junio es un mes franco y sincero, sin intermitencias ni veleidades. Dice ¡allá vá el calor! y viene; pero se soporta con un traje solo, y de los más baratos, por añadidura.

Y trae funciones económicas, como verbenas y paseos en el salón del Prado, donde con real y medio convida un galán rumboso á la novia y á toda la familia.

Pero si es Mayo un mes que no ha valido ni para hacer refranes en uno solo se le menta y para eso ha sido preciso valerse de una usurpación. «Hasta el cuarenta de Mayo no te quites el sayo.» Fuera Junio consonante de sayo, y se le citaría á él, que es á quien en justicia le corresponde.

Conste, pues, con todo lo que dicen los poetas, es Mayo el mes más aburrido en la villa y corte.

Y por consecuencia el menos á propósito para escribir crónicas de Madrid.

¿Extrañarán ustedes ahora que la presente sea tan pesada y desabierta, como dicen los chulos?

Si no ocurre nada, ni va la gente á ninguna parte ¿qué culpa tengo yo?

Siquiera en la semana anterior silbó el público una opereta.

Pero en la actual ni eso.

Decididamente se ha perdido el gusto para todo.

S. DE TRASMIERA.

LA BACHILLERA.

(Conclusión.)

V.

Fué una siesta horrible la tarde del 18 de Junio de aquel año.

Caía á mares el sol. Fuera de él, todo parecía muerto, cuando no estaba en realidad sinó dormido.

Las flores mostrábanse inmóviles, muy abiertas, como asustadas de su propia hermosura y de las bárbaras caricias que al sol le merecían; las hojas quietas, calladas, parecían esenchar un secreto que nadie les contaba; el aire, como si nunca le hubiera habido.

La tierra dormía; pero á cielo abierto, no rebujada, como á la noche, entre sus sábanas de sombra...

Dormía, en fin, vestida, porque dormía la siesta.

Todo tenía una fijeza extraordinaria, y los colores herían la vista tocados de tanta luz. Diríase que brillaban á su pesar, que les dolía aquella tensión de su propio matiz. El verde del follaje de las plazuelas, el verde, el color que más se deja mirar, el refugio de los ojos enfermos, hacía daño. Los tejados aparecían tan rojos, que parecía que sangraban las casas...

Yo no sé qué hacía á aquella hora, ni con el balcón abierto, la *Bachillera*, ni porqué, ya que no á dormir, no se recogía al fondo de su gabinete, y entornaba las maderas del balcón, á esperar siquiera á que pasasen aquellas horribles horas de bochorno y de malsana quietud y tornara á ser posible la respiración y la vida.

Pues no señor; allí se estaba, sentada al pie del antepecho, tan ajena al parecer á las molestias de la hora como si aquello fuera lo natural y lo corriente, y no estuviese hecha á respirar más que aquel aire enrarecido, que parecía el vaho de un puchero.

Sostenía la niña en su regazo un libro, del cual con indolente ademán asía de vez en cuando elevándole á sitio donde alcanzar á leerle sus ojos, para volver, á los pocos instantes, á arrojarle mística y desalentada, sobre su falda, aunque registrando la página, para no perderla, con uno de los dedos, el cual en breve escapaba de su prisión instando á sus compañeros á hacer lo propio y á que dejaran caer al suelo el odiado volumen.

Entonces la Bachillera echábase atrás, sobre el respaldo que la formaban por mitades el de la silla en que se sentaba y la plegada vidriera del antepecho, y cerraba los ojos durante un rato, al cabo del cual volvía á habérselas con el libro.

Aquel ni dormir ni estudiar venía á ser, más que otra cosa, una especie de siesta ilustrada ó comentada.

Otras veces se inclinaba hacia los hierros del balcón, y escudriñaba con impaciencia la facha de las pocas personas que por debajo de él transitaban á tales horas.

Vestía de calle, y parecía dispuesta á salir en cuanto llegara á quien á quien esperaba.

Al fin pareció encontrar lo que buscaba. Alzóse rápida de su asiento, pareció en el balcón un instante, y corriendo enseguida al cuarto de su tío, comenzó á darle prisa: —Vamos, que ya está ahí. Deje usted los libros.

Y Don Marcial, cerrando cuidadosamente el *Don Clarisel de las Flores* que leía en aquel momento, fué á colocarle en el lugar correspondiente de la vasta estantería.

Poco después, el erudito, acompañado de María y de Antonio, tomaba el camino de la Universidad.

VI.

—¡Sobresaliente, papá, sobresaliente!—entrió diciendo la *Bachillera*.

Don Robustiano se alzó de la butaca en que leía *El Imparcial*.

—Bien, hija mía, bien! Ya sabía yo que tú no eras capaz...

—No, papá: si el que ha sacado *sobresaliente* es... es Antonio.

—¿Antonio?

—El mismo,—asintió á este tiempo don Marcial—que acaba de hacer su último ejercicio de Licenciado.

El aludido sintió, al oír estas razones, más vergüenza que había sentido nunca al regresar de un exámen.

—¿Es de veras?... Pero bueno ¿y tú?... ¿No te has examinado?

—Esta, la pobre—contestó el erudito, que parecía dispuesto á hablar por todos—estuvo un poco flojilla, y... y han cometido la descortesía de suspenderla...

Aquí siguen dos ternos de D. Robustiano, de los más feos que sabía, entre americanos y chulescos, un ademán de amenaza hacia su hija y un movimiento contentivo de don Marcial, que, después de haber obligado á su hermano á sentarse, siguió diciendo de este modo:

—Si has pensado que con esta noticia acababan tus desazones de hoy, debo advertirte que no es así, y aconsejarte que guardes lo mejor de tu enojo para contestar á lo que voy á decirte... Escucha, pues, y calla... Tú, Robustiano, eres un pobre hombre: hé aquí una cosa en que están conformes todos los autores. A fuerza de trabajo y de constancia lograste salvar el puente que lleva de la chaqueta á la levita, y te compraste una... No te estaba bien ¿á qué disimularlo, cuando tú mismo estás convencido de ello? La prueba es que tu pensamiento era colgárselo al primer hijo que tuvieras: me lo contaste muchas veces... Pero el pensamiento, hablando en bárbaro, te salió *hembra*... y el hijo también... No desistes por eso, y, contra toda razón y consejo, te obstinas en colgar la malhadada prenda de los hombros de la pobre niña, que, como es muy natural, con el peso de la tal levita—figúrate tú, una levita hecha á tu medida—no podía abrir las alas... Tú probablemente no sabrías que las niñas tienen alas. Pero bueno, ahora lo sabes... El hecho es, en fin, para llegar de una vez al hecho, que el pájaro, ó rompiendo el paño ó yo no sé cómo, logró al cabo abrirlas, y que no solo aprendió á volar sinó que enseñó además á hacerlo á otro pájaro que no lo era sinó de cuenta...

A la pobre *Bachillera* la han suspendido: pero suponiendo que eso sea una desgracia, no te cabe á tí la menor culpa de ella. Resulta que el maestro que le diste sabía menos que el discípulo, y que ocupado este en enseñarle *Filosofía*, no le ha quedado tiempo de aprenderla para sí mismo... Pero ¿qué no tendrá remedio en este mundo? Hé aquí que tu hija se contenta con que el sábio sea *él*, este buen mozo, de quien puedes, si te parece, colgar esa levita que no encuentra molde... Creo que no te quejarás del que te propongo: mira como la viste...

En su virtud, y para terminar, tengo el honor, señor D. Robustiano, de pedir á usted la mano de María para mi sobino el Licenciado—con nota de *sobresaliente*—don Antonio Buendía, y me permito opinar que es de justicia el concedérmela... Vuecencia, sin embargo, resolverá.

¡Gracias á Dios que el buen señor había terminado su oración! Ya no encontraban María ni su primo postura que bien les sustentara. Hubieran jurado que llevaban seis horas de estar de pié.

Cuanto al personaje á quien la irrespetuosa solicitud de D. Marcial iba dirigida, hubiera sido difícil asegurar en aquel momento qué efecto le había producido. Su cara fué sucesivamente expresando, en tanto hablaba su hermano, impresiones muy distintas, á vista de las cuales no era fácil conocer cuál iba á ser la respuesta.

Al final se quedó pensativo.

El erudito volvió á romper el silencio: —¿Qué dices, pues? preguntó al comerciante.

—¿Eh?... Ah! que no, que no consiento!.. —Ha dicho que bueno—añadió D. Marcial volviéndose hacia sus sobrinos.

E. MENÉNDEZ.

LAS DOS ISLAS.

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO.

Dedicada á Mr. Lebon.

(Conclusión.)

V.

IMPRECACIÓN.

Vergüenza! oprobio! maldición! venganza! que la tierra y el cielo en justa alianza del monstruo hieran la orgullosa frente!

Al fin cayó!—Sobre su vida odiosa, sobre sus restos en la estrecha fosa, caigan al par también, cual lava ardiente, tanta lágrima amarga desprendida, tanta sangre infeliz por él vertida!

Que á su nombre, en el Tiber, Volga y Sena, los altos muros de la Alhambra amena, de Vincenne en los fosos militares, en Jaffa y el Kremlin, que hizo pavesas, los cruentos campos de sus mil empresas, testigos de sus triunfos singulares, de su gloria fatal como eco cierto trueno la maldición de tanto muerto!

Sus víctimas en torno airadas vea, toda esa gente muerta en la pelea, de la tumba anunciando los secretos, por el hierro homicida mutilada, que el casco destruyó de la granada, chocando en confusión sus esqueletos, de un Josafat en la sangrienta arena le convierta la triste Santa-Elena!

Viva para morir en cada hora! y doblada su frente vengedora baje los ojos y los bañe en llanto! Su excelsa gloria conociendo apenas, sus rudos carceleros, de cadenas, beña al hacer de su derecho en tanto, recargaron sus manos, ya cansadas de hacer doblar las testas coronadas!

Creyó que su hado, en triunfos tan fecundo, borraría del pueblo rey del mundo la memoria por siempre; más Dios Santo mató la negra antorcha con su aliento, y de Roma al rival por escarmiento á solas le dejó con su quebranto, y en la tierra le dió el espacio estrecho que basta al hombre por mortuorio lecho.

Guardará su sepulcro el Océano, envuelto en el olvido; porque en vano otro hizo en Saint-Denis de mármol y oro: no quiso el cielo que las sombras reales, al trasponer los lóbregos umbrales y en la triste mansión verter su lloro, viesan airadas de su tumba enfrente yaciendo su cadáver insolente!

VI.

Qué amarga es una copa ya vacía! Cuántas veces un sueño, que empieza del placer dulce beleño, concluye del terror en la agonía! Joven, se entrega libre á la esperanza la crédula razón; más cuando avanza el hombre en el espacio de la vida, con el alma en el goce adormecida, ay! se extremece con temor funesto al contemplar la senda recorrida del horizonte en el extremo opuesto!

De igual modo al pasar de un monte al lado se contempla anheloso su alta cumbre y su pico escarpado, que jamás lograrán ver humillado de los años la ruda pesadumbre; y sus vírgenes selvas, verde manto al desgairer prendido, por encanto, de sus rocas abruptas y salvajes, y la rica corona trasparente que variados y espléndidos celages ciñen sobre su frente.

Sin embargo, subid, pisad el suelo de aquella ignota esfera! Creis penetrar en el remoto cielo, perders en la nube pasajera!

El monte cambia desde el alta cima su aspecto y su variado panorama: parece solo una profunda sima, que de vistosos árboles la trama oscurece al tejer quima con quima; donde el rauda torrente, donde la nube ardiente, en que el rayo se fragua, cruzan lenguas de fuego y lenguas de agua!

VII.

Tal la imagen de la gloria: primero prisma esplendente, luego su espejo, que enfrente pone de nuestra memoria la membranza espioratoria, en cuyas tristes reflejos sangre parece á lo lejos la púrpura que la esmalta, cuando en sus tintas resalta la de otros duelos añejos.

Ya viril y prepotente, ya débil y hasta humillada, tiene su mortal jornada aspecto bien diferente. Para que él su nombre ostente necesita dos historias: joven, sus grandes victorias inventa, en que el alma agita; viejo, con dolor medita sobre sus pérdidas glorias.

En Córcega y Santa Helena, si en noche de invierno oscura un metéoro fulgura sobre la negra cadena de las rocas, donde truena su voz en la áspera cumbre, á la refulgente lumbre, de la noche el velo roto, cree con-emplarle el piloto en su actitud de costumbre.

Allí al Capitán sombrío, cuya fama al mundo asombra, vé proyectando su sombra sobre el píelago bravío. Cruzados á su alvedrío

ambos brazos sobre el pecho, e vó inmóvil y derecho venir, entre cielo y tierra, á reinar, como en la guerra, sobre el huracacan deshecho!

VIII.

Si un imperio perdió, tendrá su fama dos patrias á la par, que su memoria ilustra grande y á la vez infama. Una en el mar de Anibal es notoria, de Vasco el mar en la otra se derrama; y de este siglo en la preclara historia habrá de despertar su nombre solo un eco doble desde polo á polo!

Así, cuando una bomba despedida su curva marca en el oscuro cielo, y se mece incendiaria y homicida sobre el muro que aterra con su vuelo, y á poco, como el buitre que tendida el ala hiere al abatirse el suelo, cae y destroza con tremendo ruido el ancho espacio por su golpe herido; Largo tiempo después de tu caída del bronce tronador la boca fiera se percibe, entre el humo confundida del gas que impulsa la pesada esfera, y al par el sitio de la bomba ardida cayera ingente rebotando entera, y en mil pedazos destrozada á poco murió ensanchando de su incendio el foco!

ADOLFO DE LA FUENTE.

PARÍS POR DENTRO.

EL MES DE MAYO.

Mucho bueno y mucho malo se ha dicho y se ha escrito sobre el mes del amor, de las flores y de la fecundación de la naturaleza. Los poetas han cantado las bellezas y las virtudes de Mayo en todos los tonos y diferentes rimas.

Los misántropos y pesimistas no han cesado de considerar este mes como el más terrible y pernicioso de todos, como una época de decepciones y de desastres, á causa de que los vientos borrascosos, las heladas tardías y á veces el granizo, suelen aniquilar en Mayo, y en un abrir y cerrar de ojos, las flores y retoños que cariñosamente Abril había hecho brotar de los capullos y que prometían convertirse en granos y frutos y recompensar así el improbo trabajo del hombre que labra la tierra y la riega todo el año con el sudor de su frente.

La verdad es que el mes de Mayo causa á los agricultores insomnios, angustias y zozobras sin cuento; y con razón pretendían los antiguos que era este un mes nefasto durante el cual no era prudente dar comienzo á ningún trabajo ni emprender obra alguna. Hasta la celebración del matrimonio debía de quedar para mejor ocasión si hemos de dar fé á Horacio que dice: «Las llamas de himeneo encendidas en Mayo veránse pronto convertidas en antorchas fimbres.»

Yo no soy fatalista, ni creo que ciertos meses del año ó ciertos días de la semana sean más aciagos ó más venturosos que otros; pero como tengo particular devoción por el inmortal autor de la *Carta á los Pisones*, si alguna vez me caso, no lo haré ciertamente en Mayo ni tampoco en martes, por lo que tronar pudiere.

Los antiguos usos y curiosísimas costumbres del mes de Mayo van poco á poco desapareciendo en Francia.

Los jóvenes campesinos tenían la costumbre de colgar el día 1.º de Mayo del dintel de las puertas de las casas de sus novias una rama verde entrelazada con otra de lo que los botanistas llaman oxioceata y mis paisanos escaramujo, y de plantar delante de la casa de la persona principal del pueblo, á la que querían dar testimonio de consideración y simpatía, del *arboluco* más frondoso del lugar, que llamaban *un mayo*, que debía ser para aquella persona causa de bienandanza durante el año, y alrededor del cual los buenos campesinos, como los israelitas delante del arca, cantaban y bailaban una ronda.

Estos árboles, á que me refiero, dieron luego origen á los llamados árboles de la libertad, muy en auge durante los años de 1790—en que fué plantado el primero en los alrededores de Laon—á 1865, y durante los cuales se multiplicaron de tal modo y se pusieron tan de voga que llegaron á ser más de 90,000 en Francia. El mismo Luis XVI plantó uno en el jardín de las Tullerías que poco tiempo después fué arrancado por haberle parecido al pueblo—niño eterno y caprichoso que se pasa la vida destruyendo ídolos y reconstruyéndolos—que era imposible conservar un árbol de la libertad por el despotismo marchitado.

La mayor parte perecieron rápidamente por haber sido plantados en malas condiciones; y los agentes de los comités revolucionarios, que no podían comprender que la libertad tuviera tan poca sávia, acusaron de este hecho á las personas hostiles á sus principios y algunas de estas *pagaron el pabo* y la Convención promulgó severos decretos condenando á los hombres para salvar á los árboles; pero estos decretos no tenían fuerza y virtud para modificar las leyes de la naturaleza y las condiciones de la vegetación, y en 1804 apenas quedaban 1.000 de aquellos 90.000 famosos árboles por mal nombre llamados de la libertad.

También era el mes de Mayo el en que los antiguos empezaban de nuevo la navegación interrumpida durante el invierno; y á principios de este mes salían de los puertos del Mediterraneo para Egipto y Africa, aquellas galeras que iban cargadas de los vinos de las Galias y la Italia y volvían cargadas con los delicados perfumes y los riquísimos tejidos de Oriente.

En la edad media, el primero de Mayo era el día señalado en las Cortes y Castillos pa-

ra celebrar los regocijos oficiales y públicos, y los magnates y damas principales estrenaban ricos trajes.

Las célebres fuentes de Saint-Cloud corrían también el 1.º de Mayo y todo París á presenciar ese espectáculo. El placer principal consistía en hacer el viaje en la *gullotte*, especie de queche, tirado por caballos, que salía del puente de las Tullerías y tardaba muchas horas en llegar á Saint-Cloud.

Los excursionistas, que eran numerosos y por lo general gente de buen humor, llevaban música y abundantes provisiones, y la travesía, que estaba llena de interesantes peripecias, era—según cuentan relamiéndose de gusto los abuelos de ogaño, que eran los gomosos de antaño—deliciosísima y divertida.

En muchas aldeas del mediodía de Francia se conserva aún la pintoresca costumbre de elegir el primero de Mayo la más robusta y agraciada moza del lugar y vestirla lujosamente con un traje enteramente cubierto de rosas blancas naturales. Los cultivadores ponen en medio de la plaza una barrica igualmente adornada de cintas y flores, sobre la cual se encarama la muchacha encargada de representar la Diosa de Mayo y de presidir la fiesta.

Antiguamente todos los que asistían á ella tenían la dulce obligación de dar un ósculo á la Diosa improvisada; pero el progreso moderno ha modificado esta costumbre, y hoy, en vez de aquel beso, una moneda de cobre ó plata es lo que se hace depositar á los pies de la *Hermosa de Mayo*.

Esta reforma me parece más práctica, pero menos poética: la encuentro más moral, pero mucho menos sabrosa.

Pío SILBÉN.

Neuilly-sur-Seine 27 de Mayo de 1886.

EL ANILLO DE ZAFIRO.

(CONCLUSIÓN.)

VI.

Una mañana Florencia y su tia permanecían silenciosamente al lado del enfermo. El capitán abrió súbitamente los ojos, y, con expresión de inteligencia los fijó en Florencia, murmurando á la par su nombre.

—¿Qué me ha sucedido?—preguntó con débil voz.

—Habeis estado muy enfermo, querido Frank,—contestó Lady Vavasour; y no debéis hablar ahora, pero muy pronto estareis completamente restablecido.

Desde aquel día fué recobrando poco á poco las fuerzas, y poco tiempo después pudo ser trasladado á otra habitación, la cual sus cariñosas enfermeras habían adornado con flores para que recreasen la vista del agradecido convaleciente.

Una mañana preguntó á su ayuda de cámara si estaba en casa miss Trevylan porque deseaba verla. El sirviente volvió diciendo que Lady Vavasour había salido, pero que miss Trevylan le complacería viniendo á visitarle.

Cuando Florencia entró, el pálido rostro de Mowbray se coloreó de placer, mientras que el corazón de Florencia latía tan aceleradamente que no pudo hablar; era esta la primera vez que desde su enfermedad se encontraba á solas con él.

—¿Podéis decirme—preguntó después de un rato de silencio—si me han enviado algún paquete?

Florencia contestó entregándole uno, cuidadosamente sellado que el capitán intentó en vano abrir, riéndose de su torpeza y debilidad.

—Tengo que suplicaros, dijo, que le abrais. Florencia rompió los sellos, y, desenvolviendo varios papeles de seda, sacó el anillo de zafiros.

Mowbray lanzó una exclamación de alegría así que le vió. En tanto Florencia trataba de dominar la emoción que su vista le causó; pero no pudo ocultar dos rebeldes lágrimas que resbalaron por sus mejillas recordando su triste desengaño.

—Florencia,—dijo Mowbray,—viendo aquellas lágrimas, podrá aspirar á que no os apartéis de mi nunca?

—¿Será posible que os atreáis á dirigirme esas palabras vos, que amais á otra, hasta el punto de entregarle una prenda que me prometisteis guardar toda la vida?

El capitán, con ademán de fingida pena, dijo:

—Oídmeme un momento, y después juzgadme como gustéis. Cuando dejásteis á Inglaterra el año pasado, formé el propósito de seguirlos á Italia y declararos allí el amor que me inspirásteis desde que os conocí, y que es cada día más profundo. La repentina muerte de mi hermano, cuya esposa era de Irlanda, aplazó algún tiempo, mi proyecto, pues no pude negarme á ir á ver á su familia ni abandonarla luego en tan dolorosas circunstancias. Cuando al fin regresé á Inglaterra, tropecé con bastantes dificultades para prolongar mi licencia; pero tan pronto como la conseguí marché á Roma, donde supuse que estabais. En el camino me encontré con mis primos los Ferraris, y llegamos á Roma juntos. Mi madre era italiana, como sabéis, y en mi infancia visité con ella frecuentemente la Italia. Beatriz Ferrari había sido mi compañera de la niñez, y, ahora lo mismo que entonces, continué confiándome sus más íntimos secretos. Por eso me ha revelado que

ama á un joven oficial de los guardias del Papa, al que consideraba como un hombre sin tacha alguna, equivocadamente, porque yo sabía que era uno de los más disipados y viciosos de Roma. Habían tratado, según me dijo, de hacersele olvidar, pues no le agradaba á su padre; pero no lo habían podido conseguir y estaba decidida á casarse á disgusto de su familia. En vano la rogué que reflexionara bien antes de tomar tal decisión. No quería creer nada de lo que se decía de su amante. En este estado de cosas, proyectamos hacer una excursión al Coliseo á la claridad de la luna, y durante todo el día tuve ocasión de procurarme pruebas acerca del verdadero carácter del hombre á quien amaba Beatriz. En el Coliseo llevé á mi prima aparte, y, con toda la elocuencia de que soy capaz, la supliqué olvidara á su indigno admirador; pero no logré convencerla del todo, ni pude disuadirla más que á medias de sus propósitos. Por fin, me pidió que le prestara mi anillo de zafiro, prometíendome que si se decidía á obrar según la aconsejaba, la noche del baile le llevaría puesto, en señal de haber roto completamente con el joven oficial. Aunque esto no me agradaba, no pude negárselo, y cogió el anillo, prometiendo devolvérmelo al día siguiente. Por la noche vi que le llevaba, alegrándome en el alma de su buena resolución; pero mi satisfacción disminuyó al leer en vuestro semblante el doloroso efecto que os había producido el ver en la mano de otra aquel anillo que habíais escogido para mí. Desaparecisteis tan pronto como hubo terminado la cena, y os busqué inútilmente; pero al día siguiente vine á visitaros, y, ya sabéis lo que ha sucedido. Ahora, amada mía—dijo con emocionada voz—¿puedo esperar vuestro perdón?

Florencia cayó de rodillas ante él, cubriendo de lágrimas y besos aquella mano donde otra vez brillaba el anillo de zafiro. Cuando un momento después volvió lady Vavasour, se sorprendió viendo el rostro de Mowbray resplandeciente de felicidad. Mowbray le indicó que se acercara, y estrechando la mano de Florencia entre las suyas, observó el efecto que su muda acción producía en su tia. Lady Vavasour dió un apretado abrazo á la ruborizada niña, diciendo:—No sabéis lo feliz que me haceis; veros unida á Frank era mi más grato deseo, porque supongo que os habeis de querer muchísimo ya que salisteis victoriosos de las pruebas por que habeis tenido que pasar.

Cuando seis semanas después aquel feliz *trío* partió de Francia, difícil hubiera sido decidir quién llevaba el corazón más regocijado y satisfecho: Lady Vavasour, el capitán Mowbray ó su amante esposa.

TOROS.

*Casa-Ajena*, salud, amigo ilustre que allá en las festivales de la *crema*, lucías tus hechuras y tu garbo con casadas y viudas y solteras, para lucir más tarde tus talentos al hacer la revista de la *juerga*.

Pasó tu imperio, como pasa todo sobre la *frigid* superficie térrea, que así como al calor sucede el frio (y á veces vice-versa)

así también al Circo y al Casino, y al *coliseo* aquel de la Comedia, suceden hoy los toros y las cañas para recreo de la gente honesta, y tú que viste se venía encima esta crisis flamenca,

siendo como eres de por tuyo fino, hoy en mis manos el poder entregas lanzándome de golpe y sin reparo del revistero á la enojosa brega.

Al hacer mi programa de gobierno, escusado es decir, caro colega, que en todo lo que sea compatible con la cuestión profesional ó técnica, procuraré seguir de tu política la luminosa y esplendente huella.

Seré galante y fino con las damas, sin distinción de clases ni de esferas, que en tocando este asunto tú ya sabes que admito el *volapuk* sin retenciones, pues aparte de que ellas mucho valen solo por ser mujeres ya me gustan y con todas soy débil, dicho sea tan solo aquí en confianza y por supuesto sin que se entere *aquella*.

Por lo demás, tan solo ha de haber palmas para aquel que las gane y las merezca y palo duro para todo el mundo que se le vaya un pié sobre la arena, lo mismo al mono sabio que al maestro, igual al presidente que á la empresa, pues cuestiones en que haya de por medio cuernos, ó cosa así que lo parezca, desde niño las miro con respeto y hasta las hago casos de conciencia.

Adiós amigo, que el deber me llama, y ya que á comenzar va la faena en testimonio de cariño eterno allá va mi montera, lo cual quiere decir en nuestro idioma que te dedico la primer reseña, demostrándote, al par, que en este mundo me porto, á ser posible, con decencia.

Estábamos ansiosos de distracciones, y ayer se despertaron las aficiones: La tarde buena, y á las cuatro ya estaba la plaza llena.

En los palcos de sombra la aristocracia lucía sus hechuras con mucha gracia; y en los tendidos estábamos sujetos muy distinguidos.

A la hora prefijada de dicho día, apareció en el palco su señoría; y al sonar de clarines y de tambores, surgieron en el ruedo los profesores.

La cámara nos acogió en su seno con marcadas pruebas de afecto y distinción, no cesando de tocar las palmas hasta el solemne momento en que el joven D. Manuel Arnejo depositó la llave en manos del encargado de dar suelta á las cuatro víctimas propiciatorias ó precipitadas, que de todo tuvieron las que la empresa nos suministró para nuestro solaz y esparcimiento respectivo.

Los monos sábios estrenaban preciosos *matinés*, cuya forma y color recordaba la de nuestros antiguos calzoncillos.

El maestro *Cacheta* vestía terno lila con golpes de oro fino.

El presidente sencillito, pero con decencia. Usaba ó abusaba sombrero hongo, aparte de otras prendas de vestir que la premura del tiempo nos impide reseñar detalladamente. Por más que en este asunto decimos con Ventura de la Vega:

«Yo ni apadrino ni censuro el hongo: si todos se le ponen, me le pongo.»

Es lo cierto que hubo caballeros á quienes la *prenda* les pareció hasta depresiva para ciertas cabezas bien rematadas.

Pero dejemos esto y pasemos á otro hongo ú á otro asunto, que viene á ser lo mismo.

Pués ya sonó el clarín y al abrirse el chiquero apareció por fin la efigie de *Barbero*,

que por no desmentir, sin duda, el proverbio aquel de que «en casa del herrero cuchillo de palo» sacaba el pelo de punta como si le acabaran de dar una mala razón.

Retinto, aldinero, jociblanco y algo cubeto era el torete que salió abanto y una migita huido, si bien luego paró los piés y demostró alguna codicia para los tribunales de tanda.

Dos varas tomó de Alvarez, una de ellas buena, un pinchazo á tenazón ó al vuelo, de Pitorro, y otro á trueque de una caída que proporcionó al picador y ya joven Ledesma. Este último se separó violentamente de un corcel procedente del último desestero.

*Zoca* y el *Rata* fueron los encargados de preparar al *Barbero*. El primero cumplió su cometido con un buen par al relance, repitiendo en su turno con un medio á la idem vuelta. El *Rata* prendió un par de palitos á la idem idem.

Sonaron los clarines y *Cacheta* se dirigió á la presidencia, con la que sostuvo un diálogo tan expresivo como breve. La distancia nos impidió oír el tema de la conferencia, aunque suponemos que algo se debió hablar del hongo, pues el matador concluyó por tirar la montera como indicando á don Pedro que él debía hacer otro tanto con la suya.

Una estocada de través, un ojal idem, media perpendicular ida, á paso de banderillas y otra buena en la misma suerte, dieron fin á la vida de *Barbero* que á la tierna edad de cuatro años volará mañana á vuestros estómagos.

Los pases empleados por el diestro fueron uno con la derecha, otro natural y algunos medios de pitón á pitón. Si la faena resultó algo deslucida mucha culpa de ello tuvo el torete que en este último tercio se declaró buey en ejercicio; sin embargo, toros son estos que tomándolos muy en corto y empapándolos mucho en el engaño se consigue confiarles, que es lo único que necesitan para dejarse matar donde y como al espada le convenga.

Retirado el difunto de la fiesta, salió del ministerio *Fusionista*; toro que dió que hacer como todo el que tiene algún *poder*.

Negro zaino, listón, cornicorto y sacudido de carnes era el *Fusionista*, que demostró pujanza y buena voluntad para las plazas montadas, de las cuales sufrió hasta trece caricias, distribuidas en la forma siguiente: cuatro de Ledesma, ocho de Alvarez que se desprendió una vez con cierta precipitación relativa y una muy buena de *Pitorro* que también se unió en santo lazo al suelo de la madre arena.

*Cacheta* estuvo bueno en toda la brega, y muy oportuno en un quite que hizo en una de las caídas de Alvarez.

Un buen par al cuarteo y otro un tantico pasado dejó *Alones* en la economía animal del *Fusionista*, cumpliendo el *Barberillo* (sin mú-

sica ni ná) con otro desigual en la misma suerte.

Al terminar este tercio de la lidia, se coló el bicho por la puerta de arrastre. Un mono sabio, que no esperaba la visita, se dejó caer sobre la arena lo mismo que una fruta en sazón.

Cinco pases naturales y cinco cambiados prepararon al bicho para que *Cacheta* citase á recibir; el toro no hizo nada por el diestro que se dejó caer con una estocada que resultó atravesada por efecto de un extraño que hizo la res al entrarse el matador en su terreno.

Después de un pase con la derecha y dos naturales, una estocada en tablas honda y caída dió origen á una *crisis total*. En los últimos momentos del *Fusionista*, los monos sabios distraían sus ocios arrancando las banderillas del cuerpo de la víctima.

Estos actos salvajes y otros afines hoy tan solo los hacen los *marroquines*.

El *tercero* cabrito se llamaba de nombre *Pascualito*.

Retinto, desparao de herramientas y buen mozo era el aludido.

Una vez se le coló suelto á *Pitorro*, tomado más tarde, y sucesivamente, por supuesto, cinco puyazos de Ledesma, que por cierto trabajó toda la tarde con mucha voluntad y muchos deseos de agradar.

Medio par del *Rata* y dos de *Alones*, bueno y de castigo el primero y aprovechando el segundo, sirvieron de argumento á este segundo acto del drama que *Pascualito* desarrolló en vida.

En el tendido de sol se dieron á luz algunas bofetadas incipientes.

Tres pases naturales, sufriendo en uno de ellos un embroque, un pinchazo en hueso, otro pase natural, dos con la derecha y una estocada al volapié, baja y ladeada, empleó *Cacheta* en la muerte de *Pascualito*.

Algunos aficionados... al clarete y demás, pidieron para el matador la oreja del difunto. Otra parte del público opinaba lo contrario. Por fin la presidencia dió gusto á los primeros y el toro le fué cedido á *Cacheta*.

No extraña, decía moribunda la res haciendo *mí*, que á algunos por robar al presupuesto les dan una gran cruz.

Cerró plaza Pajarito, que era un animal cortito de buen ver, porte muy fino y pelo negro zaino.

El cual animal—dicho sea sin ánimo de ofenderle—tomó dos varas como quien toma quina, y se najó después como quien no quiere la cosa.

Visto lo cual, el señor Presidente agitó un trapo rojo, y cuando nos disponíamos á pedir la correspondiente ración de *rostbeef* (carne de pescuezo) vimos que los chicos no estaban por la labor, sino que empuñaban palos del sistema antiguo.

De los cuales puso un par *Cacheta*, quebrando el *Chaval* otro par á la media vuelta, menos medio que le puso á la madre tierra, más un par completo, pero honrado y orejero, al cuarteo, y un palo el señor de *Zoca* que salió embronco y por las de Pavia como cualquier catedrático anfibia.

Y sucedió que tocaron á matar, y que otra vez se interpretaron torcidamente los mandatos del poder ejecutivo.

Las notas dicen: Ternera mechada; un pinchazo bajo; otro también sí; rodó uno que parecía una persona; otro pinchazo bajo; tres pases naturales de Aguilar de Campó; dos detelón de boca; dos pinchazos con la izquierda; don Quijote y el vizcaíno, con entrambas manos; coladas, pinchazos y armas al hombro; media estocada á un tiempo, buena, y á tierra.

Las notas no dicen que el que rodó fué el diestro; pero ello fué así, y que la Providencia hubo de obrar un milagro en favor del mismo diestro. Acatemos los designios de la Providencia.

La *bete* saltó al callejón como unas 60 veces.

Continuó la faena, siguieron los pinchazos, perdí la cuenta y la paciencia y salí de la plaza dejando á *Cacheta*—que había cogido los trastos,—enredado con la res pescolanciana.

Después me ha dicho un individuo de su familia, que murió en el callejón, de un puntillazo, exclamando con el postrer soplo: ¡Madre que tenéis hijos; cuando lleguen á las cuatro hierbas, contadles cómo sabe morir un animal que se respeta!

Dijo, y le arrastraron.

¡Tenía el alma más grande que Alejandro Magno!

Resumen:

Una corrida honesta. Una entrada decentita. Presidencia, con hongo y todo, casi aceptable. Dinero para los pobres. Carne barata. Primer paréntesis de la temporada: hoy no como chuletas.

CERILLA.